

## Panorama de la medicina en México

NORBERTO TREVIÑO-ZAPATA\*

En la obra realizada en nuestro país por la comunidad médica, la Academia Nacional de Medicina durante su siglo y cuarto de existencia, ha tenido predominante papel, tanto como institución colegiada, como por la suma de tareas que en su esfera individual han realizado los académicos.

Reconozco y estimo en el Presidente Ignacio Chávez Rivera que durante el presente año de su ejercicio, la Academia trascendió a ocuparse de problemas y temas médico sociales de interés para el país. Y esta saludable tendencia, podría beneficiarse abordando mecanismos de relación abierta y permanente con la base médica y con la colectividad. Tan necesaria corriente académica tiene tanta mayor importancia, cuando el país vive ya larga etapa sumamente crítica.

En los recientes terremotos, la grey médica —que tuvo numerosas víctimas en los establecimientos afectados— imperturbable prosiguió sus tareas, las habituales, y las copiosas de la emergencia. Y después de

la catástrofe, los médicos, siempre positivos y en acción, se ocupan de reordenar sus tareas.

Con reverencia, deben ser inscritos, en visible lugar público, los nombres de nuestros numerosos jóvenes colegas, enfermeras y personal, que sucumbieron torturados y aplastados por los escombros en nuestros populares y beneméritos Hospital General y Hospital Juárez.

También debe distinguirse a colegas y personal nosocomial que exponiéndose a muy graves riesgos, pusieron a salvo a los miles de enfermos a su responsable cuidado en el Centro Médico Nacional del IMSS.

El antecedente más distante de la transformación y progreso de la medicina mexicana se encuentra en los varones del Hospital General de San Andrés, que habiendo sido fundado en 1799, a la vuelta de los años, ya en pleno Siglo XIX, va adquiriendo características de hospital moderno, alcanzando notable desarrollo científico. En él actuaron grandes clínicos mexicanos, mencionaremos entre ellos a Miguel Jiménez, José María Vertíz, Leopoldo Río de la Loza, Rafael Lucio, Ignacio Alvarado, Luis Hidalgo y Carpio, Manuel Carpio.

El 20 de agosto de 1847, después de las batallas de Padierna y Contreras, contra el invasor ejército norteamericano, para alojar y atender a nuestros heri-

Conferencia Magistral "Miguel F. Jiménez", dictada en la sesión solemne de clausura, del CXXII año académico, el 27 de noviembre de 1985.

\*Académico titular.

dos, se instala el Hospital Municipal de San Pablo, en el antiguo Colegio de los Agustinos, que después será el Hospital Juárez.

En los últimos lustros de la era porfiriana, el Doctor Eduardo Liceaga logra interesar al Presidente de la República, para la construcción y equipo, con costo de tres millones de pesos, del moderno Hospital General de la ciudad de México, que fue inaugurado hace ochenta años, el 5 de febrero de 1905.

En la inauguración así habló el Dr. Liceaga: "Tenemos una deuda que saldar; entre 1833 y 1890, tuvimos la supremacía de la enseñanza y de la práctica de la medicina en todo el hemisferio occidental. Después de esta fecha los médicos norteamericanos cambiaron la forma y dirección de su viciosa enseñanza, y no sólo nos alcanzaron, nos superaron. Lo mismo sucedió con nuestros colegas de Chile y la Argentina. Tenemos el deber de recobrar nuestra perdida posición científica".

Concebido como hospital escuela, pronto conquistó el lugar de Hospital General de México. Constituyó el alma mater de la actual medicina nacional, en él se originaron las especialidades y las nuevas corrientes docentes y de investigación. Ahí se formaron los grupos y cuadros básicos multidisciplinarios que fundaron las modernas instituciones médicas, incluyendo las de seguridad social.

En el año de 1929 en la Escuela Nacional de medicina, éramos en total no más de mil alumnos, en su mayoría procedentes de diferentes lugares del país.

Apenas habían transcurrido dos o tres meses en 1929, como alumnos de primer año, cuando por contagio ingresamos a la huelga estudiantil universitaria.

Así empezó el embrollo, que tuvo como término una inesperada consecuencia política, la autonomía universitaria, que condujo a un singular gobierno en paridad de profesores y alumnos, periodo pleno de espíritu romántico, desinterés y honestidad.

Formamos parte de las generaciones que secundando al eminente Director Ignacio Chávez, quien entonces fue ejecutor de importante transformación intelectual y material de nuestra vieja escuela, celebramos el Centenario de la fundación del "Establecimiento de Ciencias Médicas" creado en 1833 por el Presidente de la República Valentín Gómez Farias, patricio, precursor, y único médico hasta la fecha que ha ocupado la Primera Magistratura de la Nación.

Es aún un modelo a seguir el visionario concepto unitario de Don Valentín Gómez Farias, en su reforma educativa, al agrupar en un solo "Establecimiento" las disciplinas médicas, en la actualidad dispersas en varias ramas profesionales.

Siendo "pasantes" de sexto año, por riguroso escalafón de calificaciones obtuvimos el anhelado puesto de "alumno interno de Hospital" (no becario), recibiendo sueldo mensual de 45 pesos.

A los pocos meses, nos despojaron de puesto y suel-

do, por habernos negado a asistir a una manifestación oficial de apoyo a la "educación socialista" en las escuelas del país y en la Universidad.

En 1935, egresamos 219 alumnos, después de presentarnos ante cinco sinodales en examen profesional, que comprendía dos jornadas: una de teoría, y al día siguiente, clínica y terapéutica, al pie de la cama del enfermo.

En la República ejercían 5 mil médicos, para 18 millones de habitantes; y la metrópoli tenía una población de millón y medio de personas.

Alcanzamos a conocer a los Maestros "abuelos", Maestros de nuestros Maestros: José Terrés, Ricardo E. Manuel, Manuel Gea González, Gastón Melo, Darío Fernández, entre otros.

Y también Don Gonzalo Castañeda, y su libro: "El arte de hacer clientela", que todos debimos y deben leer, porque contiene mucho, mucho más, que eso; es una singular suma de sabias normas y orientaciones sobre el humano y psicológico trato con nuestros semejantes.

Estos ilustres médicos, y sus discípulos, que fueron nuestros maestros, constituyen una verdadera grandeza de Príncipes de la medicina mexicana.

Entre quienes fueron nuestros Maestros, algunos, hacia los años veintes, hicieron estudios de postgrado en Europa, principalmente en Francia; y también en España y Alemania. Entre ellos, Gustavo Baz, Ignacio Chávez, Raúl Fournier Villada, Leopoldo Salazar Viniegra, Manuel Martínez Báez.

Todavía nosotros siendo estudiantes, y recién recibidos, tuvimos textos y libros de consulta de autores franceses, escritos en su idioma.

Otros maestros, como Salvador Zubirán, Francisco de P. Miranda, Miguel E. Bustamante, se especializaron en Norteamérica, en donde la medicina europea se trasplantó, haciéndose estadounidense.

La Primera Guerra (1914-1918), y la Segunda (1939-1945), estorbaron el desarrollo científico de la medicina en Francia y Europa. Y fue así como jóvenes y mayores fuimos abrevando de los profesores y en las instituciones médicas norteamericanas. Es mucho lo que les debemos en nuestra formación y especialización.

Leeré a ustedes estas breves líneas de nuestro colega académico Pedro Ramos: "El movimiento que llegó a su plenitud en la década de los cuarenta, del presente siglo XX, comenzó a gestarse tan luego pasaron los azarosos días de la revuelta armada. Una generación de jóvenes médicos que terminó sus estudios al filo de 1920, que debemos llamar la "generación del 20", para distinguirla y realzarla. Antes de pasar diez años se había convertido en el grupo de los maestros que no sólo condujo con sus enseñanzas, ejemplo y empuje, a quienes tuvimos el privilegio de pasar por las aulas de la entonces Escuela de Medicina, y en los hospitales, sino a muchas generaciones más. De hecho se convirtieron en los maestros del Siglo".

En 1937, a integrantes de generaciones contemporáneas, nos correspondió ser iniciadores del exigente sistema de oposiciones para obtener plazas en el Hospital General de México, cuando lo dirigía y transformó su organización el maestro Ignacio Chávez. Fueron competidísimos torneos para los que era necesario prepararse laboriosamente por largos meses.

Fue una etapa principalmente clínica en la que nos formamos, conforme al espíritu hipocrático que sentencia "no hay curación sin confianza, no hay confianza sin confidencia, no hay confidencia sin secreto". Aprendimos a ejercer como médicos generales, de familia, "de cabecera", que tanta falta hacen. Ello nos dio ascendiente en las personas, en familias, de todo nivel, incluyendo personajes prominentes en la actividad pública y en la privada.

Había escasez y hasta pobreza en recursos técnicos y materiales. El razonamiento y la pericia, el ingenio, la artesanía y el sentido humano, superaban los problemas.

Fue avanzando la avalancha consumista. El rebuscado equipamiento, cada vez más sofisticado, invadió el medio encareciéndolo y dependiente del uso de aparatos onerosos, producto de una industria avasalladora para imponer sus productos, multiplicándose los costos.

Tantas novedades técnicas crearon una nueva espeluznante magia, restando mérito al médico que corre el riesgo de pasar a ser elemento secundario, por obra y gracia de esta, cada vez más inhumana, era del "robot".

De todas maneras procedemos como dijera nuestro colega académico Luis Méndez: "La medicina del futuro contará con una serie de dispositivos que liberarán de muchas tareas al médico y sus auxiliares, pero no lo liberarán nunca, de la responsabilidad de comprender al hombre."

Con escasos medios de eficacia real atendimos enfermos con padecimientos en su mayoría ya erradicados o controlados, tales como blenorragia, brucelosis, difteria, ducrey, granuloma venéreo, lepra, paludismo, pinto, poliomiелitis, rabia, sífilis, tétanos, tifo, tifoides, tosferina, tuberculosis, viruela.

También empleamos antiguos y todavía vigentes medicamentos maravillosos que todos tenemos en mente; arsenal terapéutico básico entonces y hasta la fecha.

Ejercimos al paso de las novedades fruto de métodos científicos y experimentales y de comprobación, removiendo errores tradicionales y del empirismo, ya no prosperaron las teorizantes especulaciones.

Asombrados asistimos al inicio y desarrollo de la más notable era innovadora de la medicina, por el uso de sulfonamidas y antibióticos, más nuevos productos biológicos para vacunaciones, abatiendo agentes transmisibles. También fueron llegando la "píldora" anticonceptiva, y los psicotrópicos.

Siendo Director de nuestra Escuela Nacional de Medicina, Gustavo Baz, logró hacer abortar aquel proyecto oficial de producir "médicos rurales" de insuficiente preparación, que la burocracia izquierdizante pretendía originar dentro del nuevo Instituto Politécnico Nacional, organismo que entonces fue creado con apoyo en el prestigio de varias escuelas tecnológicas ya existentes.

La razón predominó y se mantuvo el criterio de formación completa de los médicos, para estar capacitados a ejercer lo mismo en el campo que en el medio urbano.

Gustavo Baz, pudo también convencer al Presidente Lázaro Cárdenas, que lo más conveniente para el país (como el tiempo se ha encargado de demostrarlo), era el año 1936, sería emplear los servicios de los pasantes de medicina. Así, el Director Gustavo Baz instituyó el "Servicio Social Universitario Nacional" que tantos beneficios ha dado a México, y que ha contribuido a la formación profesional de nuestros pasantes.

En años críticos y hostiles para nuestra Universidad el Rector Gustavo Baz la rescató de grave situación económica, material y política, por el rechazo oficial de que se la hizo víctima por no haber permitido la institución, la postura dogmática socializante que se trataba de imponerle.

Don Gustavo planteó ante el Presidente Cárdenas el absurdo gubernamental que para México significaba hostigar a la Universidad Nacional y condenarla a sus peores tiempos de carestía económica.

Como Secretario de Salubridad (1940-1946) Gustavo Baz realizó su gran obra nacional de hospitales, creando los medios necesarios para el notable cambio y superación de la medicina en el país.

Con acierto visionario da abierto y firme apoyo a personalidades médicas, para que fueran construidos, equipados, dotados de personal idóneo, en su mayoría entrenado en Norteamérica, y puestos en servicio, el Hospital Infantil que lleva el nombre de Federico Gómez, el Instituto Nacional de Cardiología Ignacio Chávez, el Hospital de Enfermedades de la Nutrición, ahora Instituto Salvador Zubirán.

Les otorga personalidad jurídica propia y autonomía administrativa y presupuestal, nueva modalidad independiente. Conocemos lo que estas instituciones han representado para el avance y desarrollo de la medicina nacional.

Además, estas tres unidades, Gustavo Baz, las concibe como parte del futuro Centro Médico Nacional. Se adquieren los terrenos, se estructuran las bases de su planeación, se desarrollan los proyectos del nuevo Hospital General, del Instituto del Cáncer; se inician las cimentaciones. Termina el sexenio. Durante la administración del Presidente Miguel Alemán todo queda interrumpido. El Presidente Adolfo Ruiz Cortines, y su Secretario de Salubridad Ignacio Morones Prieto, prosiguen la magna obra y queda terminada.

Allá por el año 1960 los edificios fueron dedicados al Instituto Mexicano del Seguro Social.

En esta obra de hospitales de Gustavo Baz, enumeremos algunos en provincia: Hospital General de San Luis Potosí, sede desde entonces (1946) de la Facultad de Medicina; el Hospital General de Veracruz, sede de la Facultad de Medicina de esa entidad.

Se construyen hospitales para tuberculosos; para enfermos crónicos; granjas para enfermos mentales, concebidas por Leopoldo Salazar Viniestra para dar trato humano a estos pacientes.

Al maestro Raoul Fournier Villada —emérito Director quien realizó extraordinaria reforma humana, pedagógica, técnica y científica en la Facultad de Medicina—, allá por los años cincuentas le correspondió dirigir los arreglos materiales y establecer el renovador plan de estudios, integrar la dilatada planta del profesorado, para hacer posible el funcionamiento del plantel en la nueva Ciudad Universitaria, edificada por el Presidente Miguel Alemán; y al Presidente Adolfo Ruiz Cortines correspondió suministrar costoso equipo y dotación, así como otorgar el crecido subsidio requerido por la UNAM, empezando así una nueva era para la Institución y para la medicina.

Debe mencionarse a Luis Méndez, quien contando con valiosos colaboradores, Bernardo Sepúlveda entre ellos, establecen las bases de organización y funcionamiento para impartir, en las nuevas unidades del Centro Médico Nacional, asistencia, prevención, enseñanza, investigación. Se origina así el notable progreso de la medicina en la seguridad Social del país.

Recordemos también a Daniel Méndez, José de Jesús Domínguez, Luis Castelazo Ayala, Carlos Noble, Carlos MacGregor, en estas tareas creadoras.

Las nuevas generaciones médicas que en los últimos 25 años se formaron en las instituciones hospitalarias de Seguridad Social, aptas y capaces, con espíritu humano y trato de gentes, se desenvuelven en sus tareas médico sociales, ejerciendo la progresista medicina de la seguridad social que ha conquistado confianza, aprecio, y admiración.

La Seguridad Social permitió un más rápido desarrollo nacional de la medicina y sus especialidades, que en su mayoría se originaron en el Centro Médico Nacional del IMSS, y favoreció la formación de nutridos cuadros profesionales en todo el país, que vigorizaron a nuestras sociedades médicas especializadas.

Una de ellas, en estos días celebra medio siglo de existencia, la Asociación Mexicana de Gastroenterología, ahora presidida por el académico Norberto Treviño García Manzo. La agrupación que en 1935 fundó Don Abraham Ayala González con otras 18 personas, reúne ya 698 gastroenterólogos en todo el país. Otra, también numerosa, la Sociedad Mexicana de Nefrología, que preside Alejandro Treviño Becerra.

Como destacada muestra del adelanto de la medicina nacional, debe mencionarse la Escuela Médico Militar y el Hospital Central Militar, cuna de capaces y eficientes generaciones médicas.

Lugar especial ocupa la Escuela de Salud Pública de México, que ha formado legiones de sanitaristas cuya tarea ha sido trascendente y benéfica para la salud de los habitantes de México.

Figuras como Manuel Martínez Báez, Miguel E. Bustamante, Angel de la Garza Brito, Pedro Daniel Martínez, para sólo mencionar algunos de ellos, fueron fundadores y ejemplo personal, así como prestigiados maestros de quienes forman legiones en la fundamental obra de medicina preventiva realizada en el país.

Repasemos los nombres de académicos distinguidos quienes en los últimos 50 años, con honor desempeñaron la Rectoría de nuestra Universidad Nacional: Fernando Ocaranza, Gustavo Baz, Salvador Zubirán, Ignacio Chávez, Guillermo Soberón, Octavio Rivero Serrano. En tan elevado cargo, mucho contribuyeron al progreso de la medicina en México.

Las sostenidas y eficientes tareas de sucesivas generaciones médicas en el país, han transformado, mejorando la salud y la vida de nuestros compatriotas.

La tasa de mortalidad general se abatió de 26 por cada mil habitantes en 1930, a 7 en 1975. —La tasa de mortalidad infantil descendió de 288 por cada mil menores de un año en 1900, a 146 en 1930, y a 49 en 1975. —La duración de la vida, prácticamente se ha duplicado de 37 años en 1930, a 66 años, en 1979. —La tasa de crecimiento medio anual que fue de 1.7 por ciento en 1930, ascendió a 3.4 por ciento en 1960, manteniéndose casi igual hasta la fecha.

Estos son los positivos y legítimos resultados de la obra médica nacional. Si bien, además, han actuado otros recursos, muchas veces implementados por médicos: saneamiento, agua potable, alcantarillado.

“Hoy en día —dice René Dubos— la medicina tiene una vez más, la oportunidad de convertirse en fuerza catalizadora de la civilización, porque puede señalar las necesidades y proporcionar la dirección para el desarrollo de una verdadera “ciencia del hombre”.

Por nuestra parte, tenemos la experiencia y la convicción para afirmar, que así de trascendente es la ejecutiva y directora misión de los médicos mexicanos, encargados por generaciones de realizar esta “ciencia del hombre”, y más en la era presente cuando fracasan en sus teóricos planteamientos, tantos y variados grupos técnicos y profesionales.

En esta revisión panorámica es necesario referirnos al Movimiento Médico que surge en noviembre de 1964.

Hasta la fecha son válidos los postulados que entonces sostuvo la Alianza de Médicos Mexicanos, organismo que se constituyó el 18 de enero de 1965, con la representación de 218 agrupaciones médicas de to-

do el país. En el Manifiesto de la Alianza publicado al día siguiente, se precisaron sus propósitos y finalidades.

Por primera respuesta a las demandas planteadas por la Alianza de Médicos Mexicanos y por la Asociación de Médicos Residentes e Internos, el 18 de febrero fue promulgado el acuerdo del Presidente de la República Gustavo Díaz Ordaz, visiblemente inspirado en los argumentos del Manifiesto fechado el 18 de enero.

El acuerdo dictaba mandatos para atender las peticiones de pasantes, médicos internos y residentes, tales como: importante mejora en sus percepciones monetarias; suministro de vestuario de trabajo, adecuado alojamiento y alimentación; establecimiento de programas de enseñanza y capacitación. Además los consideraba beneficiarios de prestaciones de seguridad social.

Y, un factor muy importante: En sus considerandos, el acuerdo presidencial reconocía: que la creciente "socialización" de la medicina ha dado origen a desajustes que afectan a quienes ejercen la profesión de médico, y que los desajustes y desigualdades económicas afectan también a médicos adscritos o adjuntos, a directores de servicios y de hospitales, siendo necesario mejorar o aliviar su situación. Así, desde este primer episodio, se aceptaban razones fundamentales sostenidas por la Alianza de Médicos Mexicanos.

El 23 de junio, por cuarta y última vez, el Consejo de Gobierno de la Alianza es recibido en audiencia por el Presidente de la República; reiteró ser simpatizador de la unidad médica nacional que tenía deseos de entenderse con ella y resolver los complejos problemas de la medicina".

Agregó el Presidente: "quiero que se quiten de la mente, que solamente con paros se arreglan sus problemas. El paro definitivamente no opera, y tiene aspectos delictuosos"

El 8 de julio, el Presidente de la República dictó su segundo acuerdo en respuesta a las demandas de la Alianza, en esta vez para disponer aumentos en las remuneraciones de los médicos de base, que empezaron a ser pagados en octubre.

Encontrándose en paro el personal médico de base, y también en otro paro, el cuarto, la AMMRI, el primero de septiembre de 1965, en su Primer Informe de Gobierno el Presidente de la República, entre otras expresiones condenatorias para el Movimiento Médico, dijo: "Se equivocaron quienes trataron de obtener resoluciones favorables a sus intereses, creyendo (que el paro) en la proximidad de esta fecha obligaría al gobierno a dictarlas sin tener en cuenta los factores determinantes..." Y sentenció, "Ya se practican las diligencias en relación con los diversos delitos que posiblemente se estén cometiendo...", etc., etc.

Semejante discurso proferido por Díaz Ordaz, con-

teniendo parciales, injustas e improcedentes expresiones, juzgamos que no debían quedar sin respuesta de parte de la Alianza de Médicos Mexicanos. Sobre la marcha se redactó un manifiesto que fue publicado dos días después.

El 20 de noviembre de 1965, la Alianza, todavía en pie, inició la "Primera Etapa del Estudio de la Reforma, Reestructuración y Plan de la Medicina Mexicana".

Las represalias del gobierno, vigilancia y acoso policiaco, cárcel, suspensiones, ceses para más de 500 colegas, crearon justificado temor, casi terror. Vino la desbandada. Todo se silenció y paralizó.

El gremio médico quedó disperso, como antes; pero esta vez fue aniquilado como factor de lucha social y laboral, no obstante, que de manera paradójica, está sólidamente estructurado en numerosos y respetables organismos científicos, técnicos, y académicos, de gran prestigio.

Puede pensarse que el Presidente de la República no tuvo asesoramiento idóneo. Y que recibió opiniones negativas de sus inmediatos colaboradores médicos.

Las autoridades no alcanzaron a comprender la positiva trascendencia del Movimiento Médico y su valioso contenido, útil al país. Pensaron a lo sumo en aplicar paliativos sin entender el fondo del problema. Carecieron de visión para atenderlo con voluntad, inteligencia y tacto.

Pensé entonces, y lo sigo creyendo, que fue más eficaz para aniquilar la Alianza, la constante situación conflictiva interna, entre nosotros mismos, las discrepancias de opinión y la desconfianza interior; la imprudencia e intransigencia, contra las que muchos combatimos.

Nuestro aparato técnico y científico médico nacional ha alcanzado óptima calidad, en manos de cada vez más numerosos y capaces grupos. Y crece a ritmo conveniente. El progreso está asegurado.

La comunidad médica mexicana representa valores humanos, culturales y sociales, así como capacidad profesional preventiva y asistencial, docente y de investigación.

Mi veteranía, constituye la mayor invalidez para hablar del futuro. No obstante, me aventuraré a mencionar breves consideraciones sobre capítulos, que con espíritu de previsión, es necesario sean mejor atendidas.

No se han dedicado los requeridos recursos para atenuar las explosión demográfica, problema capital de México. Debe activarse la educación y orientación para la paternidad y maternidad responsable y la planificación familiar.

En la urgente tarea requerida para abatir la natalidad, todo ha estado a nuestro cargo como médicos. No parece interesar, salvo en teoría y pronunciamientos, a ningún otro sector profesional, técnico o institucional. Nos han dejado solos.

La Academia puede congratularse de la visión y acierto que manifestaron en su trascendente y memorable sesión del 6 de marzo de 1968, en la que se plantearon certeras y previsoras consideraciones, dándose oportuna voz de alarma sobre la comprometedoramente alta natalidad en México.

Si entonces hubieran sido tomadas en cuenta, habrían servido como valiosas directrices para iniciar las necesarias medidas para informar y orientar a la colectividad sobre la urgente planificación familiar.

En 1971, desde la Dirección General del Instituto Nacional de Protección a la Infancia, nos fue posible presentar decisivos argumentos que influyeron para que el Presidente de la República Luis Echeverría, acordara que en los organismos oficiales se iniciaran los programas de orientación y apoyo para la planificación familiar.

Recordemos también el siguiente grave problema, examinando datos obtenidos el pasado año 1984.

Somos 130 mil médicos en el país (hay quienes mencionan cifra menor), de los cuales 60 mil no trabajan en instituciones oficiales.

En nuestra Facultad de medicina de la UNAM, están inscritos 25 mil alumnos, y sólo 11 mil asisten regularmente. Sumando las inscripciones en todas las escuelas de medicina en México, son 95 mil estudiantes. Cada año 18 mil terminan estudios.

Estas realidades constituyen un reto a la visión, buen juicio y voluntad de quienes corresponde la responsabilidad de tratar de convertir en positivos tan al parecer excesivos recursos humanos profesionales.

En la actual preocupación y tendencia de descentralizar, con serenidad, tratándose de hospitales, ello exige hospitales generales de conveniente capacidad para contener servicios de medicina y cirugía general, así como las necesarias especialidades, tanto para la formación de los médicos, como para la atención del enfermo y su confianza en la aptitud nosocomial.

Pienso que es necesario poner empeño en la formación de una verdadera alcurnia de "médicos generales", —ya casi inexistente—, forjados en extensa experiencia en los hospitales generales. Un capítulo muy importante, que podrá considerarse obvio y elemental, pero tiene máxima importancia.

Por nuestra ardua experiencia docente, sabemos que el estudiante de pregrado en especial, y también el de posgrado, requieren suma de cualidades del profesor: preparación, dedicación, interés, puntualidad, tolerancia, trato de gentes. Características no pocas veces ausentes, que son indispensables para impartir con provecho los conocimientos. Dar ejemplo de conducta humana y profesional a los jóvenes a quienes es preciso respetar y estimular. Así se establecerá conveniente entendimiento y estimación, y se obtendrán mejores frutos humanos. Es una grave responsabilidad de los mayores.

Cabe hacer un llamado a los jóvenes médicos, y también a los mayores, para que "descubran" los tesoros bibliográficos de la medicina mexicana, del pasado y del presente. Encontrarán valiosos caudales de experiencia y conocimientos. Será muy fructífero para nuestra medicina.

Todos en el planeta, en mayor o menor grado, contribuimos al creciente deterioro del medio, contaminando tierra, agua, atmósfera. Así como participando en el mal uso y desperdicio de los recursos naturales.

Es urgente crear una conciencia ecológica, desde la infancia, y hacerlo con actitudes ejemplares, no con teorías. Los médicos tendríamos mucho que aportar.

En el próximo futuro, la Academia podría ser el eje alrededor del cual se reuniera, el que desde hace años he imaginado "Colegio de la Experiencia", convocando a veteranos de todas las profesiones y actividades. Y hacerlo presto, y funcional, sin complicaciones estatutarias y administrativas. No se piense en un organismo burocrático ni asistencial. Se trata de aprovechar, lo que bien saben, lo que tantos hombres y mujeres han hecho durante su vida, para que los escuchemos, una, cien, mil personas.

Previas meditaciones, se debe ir actuando, para que, como el Ave Fénix resurgiendo de sus cenizas, con sensatez, prudencia, tolerancia y solidaridad, trabajar por constituir un organismo médico unitario, de carácter sociolaboral. Siempre ha hecho falta. Es tarea para las nuevas generaciones. Además del espíritu profesional, es necesario crear un "espíritu de clase".

Cuan provechoso sería que fueran escuchadas y tomadas en cuenta las opiniones de la base médica. Numerosas luces resultarían. Los médicos podemos dar a los demás, ejemplo de respeto y tolerancia, democratizando procedimientos.

En los tiempos pasados, y también en la grave hora presente, la población ha hecho el esfuerzo y el sacrificio requeridos para defender y mejorar su existencia y la de sus descendientes. Noble y laborioso pueblo de México, incluidos en él, nosotros los médicos.

Nos correspondió ejercer en un periodo durante el cual todo se fue transformando en modo benéfico. Notable progreso médico y nacional, en cuyo desenvolvimiento hubimos de participar.

La comunidad médica, acostumbrada al realismo del ejercicio profesional, en acción efectiva y rápida, ha superado, en forma notable, la insuficiente tarea global de mejoría económica de los habitantes, para quienes se ha hecho más problemática la existencia.

Podemos afirmar, que los médicos hemos velado por el prestigio de la profesión, celosos de nuestra capacidad y eficiencia, siempre procurando el bien a nuestros semejantes.

La medicina mexicana prosigue su marcha ascendente, generación tras generación. Es un orgullo nacional.